



C. E.  
FEILING

EL AGUA  
ELECTRIZADA



“Hay un punto en que la literatura es como la guerra: hay que pelear fuerte” llegó a decir Feiling algunos años antes de su muerte. Y en *El agua electrizada* esa pelea se da en cada coma, en cada punto, en la estructura misma de cada frase.

Destila la novela una formación clásica en Letras: citas en latín y en francés. También en inglés, la lengua de su casa. Es así como Feiling escribe una novela doble o incluso triple: por un lado, la historia de un dudoso suicidio que a su vez conecta con la misteriosa muerte de dos mujeres. Por otro lado, la de los lectores, que corremos tras la pista filológica y gramatical. Y por último: la que se corresponde con la senda de una sintaxis única.

Como ha dicho Daniel Guebel, Feiling inventa una lengua. Y la inventa para hablar del crimen de un militar; para darle voz al detective, Tony Hope, que deja la Marina por las letras; para reescribir una historia de la violencia política en la Argentina. Y en ese entramado polifónico de autor hiper culto, académico y a la vez moderno, desafía las convenciones gramaticales.

La definición de Guebel gravita sobre *El agua electrizada*: policial negro, pero también autobiografía y reescritura de la telaraña de las relaciones cívico militares que sostuvieron el golpe de estado de 1976 en la Argentina.

Hay en Feiling una suerte de escritor de culto, de aquellos que mueren tempranamente y dejan atrás una obra genial, como esta novela, que se ubica entre la academia y la calle; entre el detective más irreverente del policial negro y el caballero inglés; entre la ficción y la parte más sórdida historia de la argentina de los 70 y los 80.

*To my parents, Geoffrey and Elisa, Because  
I would be hopeless without them.  
A Gabriela Esquivada, a quien por suerte  
no encontré demasiado tarde.*

PIMERA PARTE

“I MUST GO NOW  
—SAID THE DOCTOR—  
TO BURY MY OLDEST  
AND BEST FRIEND”.

R. L. STEVENSON.  
*THE SUICIDE CLUB.*

## LUNES 31 DE JULIO DE 1989

La diferencia era que, con los gays, uno siempre sabía lo que buscaban. La tipa de ayer, en cambio. Tan difícil o fácil como adivinar, cuando suena el teléfono a las ocho y media de la mañana, qué ruidoso imbécil habría tenido la ocurrencia de hacer el llamado.

Primero cada vez que levantaba la cabeza, dubitativo: ¿cómo terminar el plato —grasienta entraña, lechuga mustia, cebolla ratonil, tomate verdoso—, las asquerosas vituallas del restaurante en el que siempre, pero siempre, terminaban comiendo? Desde la otra punta de la mesa, ella le sonreía, sincronizando la exhibición periódica de unos publicitarios dientes con su rumiada duda. Para ser la autora de una novela medianamente famosa en los sesenta, no estaba mal. Fané pero no descangayada, *quis multa gracilis* por Owen Seaman. *What slender stripling in his primal year?*

Después, durante lo que seguramente se llamaba sobremesa pese a haber constado exclusivamente de vino de la casa, café dudoso y cigarrillos negros, ella había seguido sonriéndole. Colgate o Signal cada vez que, hipócritamente cortés, se había atrevido a separar la vista de Horacio Acosta, septuagenario poeta, el homenajeadó. Era extraño —por otra parte— que el viejo hubiese dicho estar deprimido. Quizá una afectación, la coqueta impostura de alguien que acababa de presentar en Sudamericana su Poesía Completa. La halitosis literaria interrumpida por aquellas sonrisas y miraditas —vagos encomios a Mathew Arnold— hubiera sido interesante si Horacio no se hubiese obstinado en apoyar las citas de un modo excesivamente físico: sobre su muslo derecho, al alcance de la rechoncha mano tras un desplazamiento realizado con la proclamada intención de

“charlar un poco con ese chico tan culto”. Qué noche. Horacio había interrumpido el asedio sólo luego de que la concurrencia clamase por una anécdota acerca de sus primeros años en la capital. Y encima la tipa, ella, se había marchado repentinamente, sin dejar de sonreírle, acariciándole el pelo al pasar.

El teléfono seguía con su cantilena, pero Tony no estaba dispuesto a abandonar la recapitulación de los sucesos del día anterior. Era un hábito adquirido desde que la ingesta de alcohol, sobre todo de ginebra, se le había vuelto casi necesaria. Lo consideraba un hábito higiénico, como el de masturbarse una vez por día, apenas se despertaba. El apellido okey, pero Celia, Cecilia, Clelia... no lograba recordar el nombre de la mujer Colgate. Aunque estaba seguro de que la vería de nuevo. Si era amiga de Horacio, quizá estuviese en el concierto de la semana siguiente. Esa reflexión, a la que sucedieron otras menos expresables de un modo verbal, tuvo el éxito imprescindible. Un endurecimiento capaz de hacerle olvidar todo deseo de ir al baño, maldición del dipsómano.

---

Teléfono y teléfono. Tanta obstinada seguridad de encontrarlo en su casa sólo podía provenir de una persona: mother dear. Resignado a la familia, consintió en secarse con la toalla que siempre dejaba sobre el respaldo de la cama para su satiriasis matutina. Tendría que cenar con sus padres más a menudo, puesto que la fecha de la partida se iba acercando. Una beca de dos años en East Anglia, para hacer el doctorado. Buscó las pantuflas durante unos segundos; recordó que no las había dejado en el cuarto y corrió al teléfono. Entonces ocurrió lo típico: el aparato, en un último y agónico estertor, dejó de sonar apenas Tony apoyó la mano sobre el tubo. Calzado ya, se dirigió a la cocina para preparar ese café liviano que todo el mundo le criticaba. Mamá que esperara, él tenía que seguir recordando, repi-

tiéndose que con las mujeres nadie puede saber. ¿Celia? Obstinata mente perfer, obdura.

---

Como de costumbre en él, la de los albos afilados colmillos no daba para mucho más que fantasías generalizadas y el olvido de un nombre. Cuando Tony terminó su desayuno — café, cigarrillo, café—, y luego de leer con sumo desagrado el diario que compraba “solamente porque prefiero un pasquín de izquierda a uno de derecha”, disco el número. Mother dear.

—*Tony? I've, I've been trying to get through since yesterday. Raúl phoned you, but apparently you were not in...*

Le molestaba que aquellos de sus amigos a los cuales ya no veía persistieran en llamarlo, sobre todo cuando chantajeaban a su madre para hacerle llegar un mensaje. Auxilio, estoy deprimido, necesito urgente recordar viejos tiempos para llorar a gusto. Esta vez, sin embargo, sintió una basurita sentimental en el ojo, premonitoria. Quizá fuera lo extemporáneo de la hora; su madre no ignoraba que él jamás había existido para el mundo antes de —como mínimo— las once de la mañana. O quizá simplemente fuese el tono de voz, quejoso e inhabitual.

—¿Qué pasa?

—*It's awful. Poor Juan Carlos is dead. His mother found him dead yesterday, an accident may be. He...*

—*What do you mean, an accident? ¿Cómo?*

Colgó. Muy despacio, pero colgó antes de que su madre terminara de repetirle el nuevo número de Raúl. De la confusa explicación, sólo dos cosas le habían quedado en claro. Que Raúl lo estaría esperando en una dirección de la calle Santa Fe, para ir juntos al funeral. ¿Tan rápido lo enterraban? Y que el disparo en la cabeza había sido un accidente, un descuido con el seguro de la pistola reglamentaria. O suicidio. Tony notó que las lágrimas caían sin el menor esfuerzo muscular, sin sollozos ni nada. Se estaba apre-

tando los testículos con ambas manos. Cuando atinó a sentarse en el sillón, ya estaba intentando repetir la matrícula del Indio, el número que Juan Carlos tenía en el Liceo Naval. Siete cinco algo. Sólo entonces, ante la pérdida de un número agregada a la pérdida definitiva, comenzó a sollozar.



## LUNES 31 DE JULIO DE 1989

Los uniformes se distinguían desde lejos. Al final de la calle por la que Raúl y él avanzaban, junto al acceso a los nichos, pequeñas manchas verdes y grises —de fajina alternaban con otras azules. Dos o tres gorras blancas se movían de un lado al otro, como haciendo señales en alta mar. La palabra “necrópolis”, ¿no era absolutamente descriptiva en el caso de la Chacarita? En el mapa a escala de Buenos Aires, el cementerio ocupaba un enorme espacio: Necrópolis, Chacarita, verdadera capital de la Argentina. Donde la muerte hallaba la dimensión vulgar que le correspondía, previsible en la sorpresa como un desenlace de teleteatro. “Te extrañamos”. Muchísimas placas “Te extrañamos”, nada de *sit tibi térra levis, dis manibus sacrum*, sino un mensaje cursi dirigido al vacío. Tony sintió a la vez odio y temor; odio por el país, por ese sol incongruentemente tibio brillando sobre los apellidos españoles e italianos. Un sol ridículo para el último día de julio. Y temor, mucho temor de encontrarse de nuevo entre uniformes, absurdo temor de que alguno de los oficiales a los que se acercaba le pasara un parte de castigo. Por no haber seguido la carrera, como el Indio. Por haber ingresado a Filosofía y Letras, todos subversivos, todos judíos. Había tolerado con dificultad la narración de Raúl, en el Citroen cuya trabajosa marcha provocaba náuseas. La pistola había sido disparada con la mano izquierda, cosa extraña en un diestro. Los otros detalles también eran desconcertantes. Por un lado, el Indio se había hecho un seguro de vida la semana anterior, cuyos beneficiarios eran sus padres... Pero eso de llegar a su casa, de licencia después de una guardia, concertar una cita con un compañero de Ciencias Políticas de la Católica... ¿Y pegarse un tiro? Sabiendo, además, que su madre no podría tardar mucho

en volver del cine, y que ella sería la primera en encontrarlo muerto. El motivo obvio lo habían descartado rápidamente. Juan Carlos no había tenido una recaída, puesto que los análisis estaban bien. La variedad de leucemia por la que lo habían tratado ¿linfoblástica aguda?— tenía un alto porcentaje de recuperación; llevaba más de dos años sin medicar, y del todo sano. Suicidio o accidente, las preguntas eran por qué y cómo. Para impedir que Raúl tuviese una nueva oportunidad de reiterarlas quejosamente —estaba seguro de que no vería más a Raúl, de que no quería ver nunca más a Raúl, Tony se abstuvo de referirle la conversación telefónica que había mantenido con el Indio el viernes anterior. No el tipo de charla de alguien a punto de suicidarse. Como siempre, se habían burlado el uno del otro, conscientes de que no podían hablar abiertamente sobre ningún tema.

¿Alfonsín? Alfonsín es un zurdito de los que a vos te gustan.

—Indio, si Alfonsín es zurdo yo soy Santucho. O el Papa cree en Dios. ¿Leiste el libro que te pasé, cretino?

Por causa de esas digresiones de las que está hecha toda conversación, Juan Carlos no había respondido aquella pregunta. Tony tuvo la seguridad de que, así como ya no quería ver a Raúl, jamás recuperaría su ejemplar de César, la edición de Loeb que le había prestado al Indio. Era injusto, pero era el típico discurrir de sus pensamientos: ponerse a pensar en un libro, contestar con monosílabos las angustias, afirmaciones o preguntas de quien marchaba a su lado. ¿Pero por qué se habría convertido Raúl en un idiota, un empleado bancario incapaz de decir otra cosa que frases hechas? *Multas per gentes et multa per aequora vectus. Advem has miseras, frater, ad inferias.* El texto que, apropiadamente, tendría que haber trabajado esa misma noche —pero iba a faltar— con sus alumnos del práctico de Latín, un recuperatorio. *Multas per gentes.* Habían llegado por fin al grupo de gente, civiles y militares mezclados, que

estaban esperando el féretro. Comenzó a saludar a ex compañeros, odiados todos. O quizá simplemente despreciados, como ellos lo habían despreciado por su falta de interés en el fútbol y las chicas de San Isidro. Le sorprendió que muchos no estuvieran de traje, que algunos llevaran trajes claros. El loquito de la promoción, en cambio, era el único que no olvidaba el *Manual de urbanidad y buenas costumbres*.

---

Trajeron el ataúd en el momento en que Tony intentaba liberarse de la madre del Indio. Llorando, más bien gritando su llanto, devastadoramente, lo había abrazado con tanta fuerza que él se descubrió utilizando las manos no para el consuelo —livianas sobre la espalda, bueno bueno palmas—, sino para apartarla, como si fueran dos improbables contrincantes de un torneo de *catch*. Decididamente, las *consolations* eran un género retórico para el que él no estaba dotado. Aunque hubiera sido bueno poder revestirse de la olímpica hipocresía de Séneca, aquella de la que hacían gala sus ex compañeros, celebrando el primer muerto de la promoción como si se tratase de una boda o un bautismo. No faltaría quien sugiriera una placa. Nunca te quisimos, pero es nuestro deber grabar lo contrario en bronce.

Con el ataúd llegó un sacerdote. Sólo cuando comenzó, evidentemente a desgano, a pronunciar una brevísima oración, Tony se dio cuenta de lo irregular del procedimiento. El Indio no había pasado por la capilla donde todos los muertos de la Chacarita, tras hacer cola como en vida, recibían la doble bendición del hisopo y las palabras escupidas de un cura. *Aspergas me, domine, et inmundabor*. ¿Había sido suicidio, entonces? Una muerte incómoda para la valiente muchachada de la Armada, una muerte cuya evidencia debía ser escondida con mayor celeridad que la habitual. Pero suicidio por qué. Pero accidente cómo. ¿Algo en la Psicopatología, acerca de un oficial que casi se había ma-

tado por jugar con la pistola? Ése había sobrevivido, sin embargo. Para que los seudointelectuales argentinos lo interpretaran después de muerto. Sobreinterpretaran.

Ya estaba hablando el Turco, otro que había seguido la carrera. Valor. Patriotismo. Infantería de Marina. Integridad Moral. Amistad. Tony empezó a llorar de nuevo, detestándose por sucumbir a la triquiñuela de esas palabras altisonantes: valor, patriotismo, amistad. De algún modo, el Indio había muerto a causa de unas palabras, o al menos llevado una vida de mierda por culpa de ellas. Casi a punto de expresar en voz alta lo que pensaba, se sintió observado. Era el único, además de la madre, que estaba llorando, con un llanto tan fuera de lugar como la muerte misma. Pero no. No era el único, también estaba esa chica que había llegado tarde, detrás del Capitán de Corbeta... Irene. Con el esfuerzo de atraer su atención, Tony dejó de llorar. Fue el momento justo, porque el imbécil del Turco ya arrancaba con la Guerra de Malvinas. The Fucklands. La Armada había tenido el buen tino de no convocarlo, dudando tal vez de la lealtad del Guardiamarina de la Reserva Anthony Edward Hope, Cuerpo Comando Escalafón General. Juan Carlos, en Goose Green, había sido la única razón por la que él hubiera lamentado que los ingleses mataran más militares argentinos. Aunque era cierto que la clase media se lo merecía, como se merecía todas las lacras: los militares, el Peronismo, la Iglesia Católica.

Irene. ¿Cómo no había pensado que ella iba a estar en el entierro? Irene, Irene que no lo miraba, que no lo veía. El recuerdo de una tarde en Gonnet, vergüenza retrospectiva.

---

*Nos ubi decidimus quo pater Aeneas, quo Tullus dives et Ancus. Pulvis et umbra. Sumus.* No lograba recordar el pasaje sobre Pirítoo y la impotencia de Teseo. Era un alivio, de todos modos, haber salido de esos corredores, haberle puesto fin a la catábasis de rigor. Un larguísimo cuarto de

hora antes, habían descendido las escaleras y marchado tras el ataúd, en busca del lugar, del número otro número, éste la matrícula definitiva, asignado al Indio. Como el nicho era el segundo empezando desde arriba, habían tenido que forcejear. Para colmo, el óxido de uno de los cuatro pernos de la losa había logrado que la gente del cementerio optase por dejar el nicho abierto. Tony, que durante todo el tiempo de la marcha había estado intentado acercarse a Irene imposible, el grupo era grande, las circunstancias inapropiadas para abrirse paso —como en un colectivo— se reprocho a sí mismo la tentación de ver algo inusual en los contratiempos del entierro. Entierro sin inhumación, un defecto del idioma para designar lo que hacían con los cadáveres: meterlos en la pared, en un boquete fétido. Y alquilado. También le resultaba difícil sustraerse a la idea, más peregrina aun, de que varios de los presentes se hubiesen hecho un reproche similar. Como si la intrusión de irregularidades en la ceremonia, que debía ser algo bastante común, significara que no había sido accidente. O suicidio. Cuando lo más probable, sin embargo, era que tanta prisa, incomodidad y descuido se debiesen al olor. Sólo un ingenuo podría empecinarse en que eran las flores podridas, en que pensar otra cosa era un prejuicio contra los cementerios. Prejuicio contra los cementerios, qué modo idiota de llamar a la única certeza. ¿Cómo era? *Hoc veniendum est tibi*, el final de uno de los más sardónicos en la antología de Plessis. *Because it only registered a fact: you need not whistle, but I shall come to thee.*

Se había rearmado el Liceo Naval. Raúl estaba con ellos, y parecían todos contentos de verse. Alguno, con ese sentido de la oportunidad que sólo se adquiere tomando *whisky* —varios *whiskies*— tras el partido de *rugby*, escrutaba incipientes calvicies, medía los cambios corporales.

—¡Cómo vuelan las chapas, eh!

Tony les volvió la espalda, decidido a que se notara. Inmediatamente después lo lamento. En verdad no quería

ofender a sus ex compañeros: para eso hubieran tenido que interesarle. Les hubiera sonreído, se hubiera unido al grupito para intercambiar lamentaciones, quizás algunos chistes, pero necesitaba evitar que se le acercasen. Irene no podía tardar mucho en salir. Se había ido a Francia, nueve años atrás, para vivir con su padre. Hija de divorciados, el patrón habitual. Tony sabía por el Indio que había vuelto, estaba estudiando. Si no la había visto era porque tampoco había visto a Juan Carlos durante los últimos meses; preguntarle mucho por ella —por teléfono, excediendo los requerimientos vagos de la cortesía— hubiera sido como confesar algo. Confesarse algo a sí mismo.

—¿Antonio? Hola.

Debía haber salido momentos antes que él disimulada entre la gente, los uniformes. En el instante que precedió al beso en la mejilla, inimitable suavidad, obtuvo un primer plano de la blancura del rostro, los ojos de un color claro indefinido —verde, gris, azul—, el pelo muy negro, la boca entreabierta.

—¿Te acordás de mí? Irene Lousteau.

—Cómo no, la hermana de Juan Carlos. Pero estás cambiadísima, eras tan chica.

¿Por qué? ¿Por qué le decía eso? No había sido tan chica aquella tarde, en realidad. Ambos se acordaban. Era imposible que ella no se acordase.

—Nueve años que no te veía, y ahora esto. No te voy a decir que lo lamento, porque no es cierto. Me da bronca, no entiendo nada.

Breve retorno de lágrimas a los ojos de ella, que refluyeron de pronto. Tony se imaginó, arcaico, ofreciéndole un pañuelo que no tenía.

—Ya sé, nadie entiende. Gracias. Yo te veo siempre en la Facultad, los miércoles, pero no me animé... Estoy haciendo Historia del Arte. ¿Vos enseñás Latín, no?

—No tenía idea de que estabas en la Facultad.

Había sonado falso, aunque era literalmente cierto. La hubiese buscado, hubiese hecho que pareciera una casualidad. No. La hubiera evitado, consciente de que aquel recuerdo, a la vez vergonzoso y fascinante, se había vuelto un símbolo de su relación con las mujeres. *His dealings with the sex*, curioso sobreentendido.

—Lo que sí me dijo el Indio es que estás viviendo, bueno Juan Carlos...

—Sí, con una amiga. En Belgrano. Juan Carlos no quería. Ahora voy a volver a casa por un tiempo. Mamá está muy mal, y a papá todavía ni le avisamos.

—Decime. ¿No tenés idea?

Y la pregunta peor, la única inevitable.

—¿No dejó nada?

En ese mismo momento, la madre del Indio, que los había visto, se le echo a los brazos de nuevo. Tony vio que Irene se mordía el labio inferior, moviendo la cabeza con un gesto negativo. ¿Dubitativo? La belleza triste. Nada.

Fue imposible seguir hablando. Con tanta ayuda exhibicionista por todas partes, con tanto consuelo declamado, llevar a la madre de Juan Carlos hasta el coche absorbió las energías de ambos. Pero Irene bajó el vidrio de la ventanilla antes de arrancar.

—¿Tony? Te llamo, mamá tiene tu número.

Aparentemente, la mirada había querido decir: te llamo si me entero de algo, si encuentro algo que mi hermano haya dejado. En su propia mirada, Tony intentó poner: claro, llámame por Juan Carlos, si sabes algo. Y también por.

—Llámame, sí.

---

Raúl estaba esperando en el Citroen, seguramente aterrizado de que le hicieran una boleta. Tony extrajo el paquete de cigarrillos y estrujó un envoltorio vacío. Haciendo el gesto de fumar, señaló al otro lado de la avenida, junto a la entrada del subte. Se había acordado de la matrícula del In-